

CRÓNICAS MARCIANAS

Ray Bradbury

ENERO DE 1999 EL VERANO DEL COHETE

Un minuto antes era invierno en Ohio; las puertas y las ventanas estaban cerradas, la escarcha empañaba los vidrios, los carámbanos bordeaban los techos, los niños esquiaban en las pendientes; las mujeres envueltas en abrigos de piel caminaban pesadamente por las calles heladas como grandes osos negros.

Y de pronto, una larga ola de calor atravesó el pueblo; una marea de aire cálido, como si alguien hubiera dejado abierta la puerta de un horno. El calor latió entre las casas y los arbustos y los niños. Los carámbanos cayeron, se quebraron y se fundieron. Las puertas se abrieron de par en par; las ventanas se levantaron; los niños se quitaron las ropas de lana; las mujeres guardaron en los armarios los disfraces de oso; la nieve se derritió, descubriendo los prados verdes y antiguos del último verano.

El verano del cohete. Las palabras corrieron de boca en boca por las casas abiertas y ventiladas. El verano del cohete. El caluroso aire desértico cambió los dibujos de la escarcha en los vidrios, borrando la obra de arte. Los esquís y los trineos fueron de pronto inútiles. La nieve, que caía sobre el pueblo desde los cielos helados, llegaba al suelo transformada en una lluvia tórrida.

El verano del cohete. La gente se asomaba a los porches goteantes y observaba el cielo, cada vez más rojo.

El cohete, instalado en la plataforma de lanzamiento, soplaba rosadas nubes de fuego y calor de horno. El cohete se alzaba en la fría mañana de invierno, creaba verano con cada aliento de los poderosos escapes. El cohete transformaba los climas, y durante unos instantes fue verano en la tierra...

FEBRERO DE 1999 YLLA

Tenían en el planeta Marte, a orillas de un mar seco, una casa de columnas de cristal, y todas las mañanas se podía ver a la señora K mientras comía la fruta dorada que brotaba de las paredes de cristal, o mientras limpiaba la casa con puñados de un polvo magnético que recogía la suciedad y en seguida se dispersaba en el viento cálido. A la tarde, cuando el mar fósil yacía inmóvil y tibio, y las viñas se erguían tiesamente en los patios, y en el distante y recogido pueblo marciano nadie salía a la calle, se podía ver al señor K en su cuarto mientras leía un libro de metal con jeroglíficos en relieve sobre los que pasaba levemente la mano como quien toca el arpa. Y del libro, al contacto de los dedos, brotaba un canto, una voz antigua y suave que hablaba del tiempo en que el mar bañaba las costas con vapores rojos y los hombres lanzaban al combate nubes de insectos metálicos y arañas eléctricas.

El señor K y la señora K vivían desde hacía ya veinte años a orillas del mar muerto, en la misma casa en que habían vivido sus antepasados, y que giraba y seguía el curso del sol, como una flor, desde hacía diez siglos.

El señor K y la señora K no eran viejos. Tenían la tez clara, un poco parda, de casi todos los marcianos, los ojos amarillos y rasgados, las voces suaves y musicales. En otro tiempo habían pintado cuadros con fuego químico, habían nadado en los canales, cuando corría por ellos el licor verde de las viñas, y habían hablado hasta el amanecer bajo los azules retratos fosforescentes en la sala de las conversaciones.

Ahora no eran felices.

Aquella mañana, la señora K, de pie entre las columnas, escuchaba el hervor de las arenas del desierto, que se fundían en una cera amarilla, y parecían fluir hacia el horizonte.

Algo iba a ocurrir.

La señora K esperaba.

Miraba el cielo azul de Marte como si en cualquier momento pudiera replegarse sobre sí mismo, contraerse, y arrojar sobre la arena un resplandeciente milagro.

Nada ocurría.

Cansada de esperar, avanzó entre las columnas neblinosas. Una lluvia suave brotaba de los acanalados capiteles, refrescando el aire abrasador, cayendo suavemente sobre ella. En estos días calurosos, pasear entre las columnas era como pasear por un arroyo. Unos frescos hilos de agua brillaban sobre los pisos de la casa. A lo lejos oía a su marido que tocaba el libro una y otra vez, sin que los dedos se le cansaran jamás de las antiguas canciones. Y deseó en silencio que él volviera a dedicar mucho

tiempo a abrazarla y a tocarla como a un arpa pequeña, como tocaba ahora esos increíbles libros.

Pero no. Meneó la cabeza, con un imperceptible encogimiento de hombros. Los párpados se le cerraron sobre los ojos amarillos. El matrimonio nos avejenta, nos hace rutinarios, pensó.

Se dejó caer en una silla, que se curvó para recibirla, y cerró fuerte y nerviosamente los ojos.

Y tuvo el sueño.

Los dedos morenos le temblaron y se alzaron, crispándose en el aire. Un momento después se enderezó, sorprendida, jadeando.

Miró vivamente alrededor, como si esperara que hubiera alguien, y pareció decepcionada. El espacio entre las columnas estaba vacío.

El señor K apareció en una puerta triangular.

—¿Llamaste? —preguntó, irritado.

—¡No! —exclamó la señora K.

—Creí oírte gritar.

—¿Grité? Estaba medio dormida y tuve un sueño.

—¿A esta hora? No es tu costumbre.

La señora K seguía sentada como si el sueño le hubiese golpeado la cara.

—Extraño, muy extraño —murmuró—. El sueño.

—Ah. —Evidentemente, el señor K quería volver a su libro.

—Soñé con un hombre.

—¿Con un hombre?

—Un hombre alto, de un metro ochenta.

—Qué absurdo. Un gigante, un gigante deforme.

—Sin embargo... —replicó la señora K buscando las palabras—, parecía normal. A pesar de la altura. Y tenía...oh, ya sé que te parecerá una tontería, pero... ¡tenía los ojos *azules*!

—¿Ojos *azules*? ¡Dioses! —exclamó el señor K—. ¿Qué soñarás la próxima vez? Supongo que los cabellos eran negros.

—¿Cómo lo adivinaste? —dijo la señora K, excitada.

Él respondió fríamente: —Elegí el color más inverosímil.

—¡Pues eran negros! —exclamó ella—. Y tenía la piel blanquísima. Era de verdad muy distinto. Vestía una especie de uniforme, y bajó del cielo y me habló amablemente.

El señor K sonrió.

—¿Bajó del cielo? ¡Qué disparate!

—Vino en una cosa de metal que relucía a la luz del sol —dijo ella, y entornó los ojos recordando—. Soñé que estaba mirando el cielo y algo brilló como una moneda que se tira al aire y de pronto creció y descendió lentamente. Era un largo aparato de plata redondo y extraño. Y en un costado de esa cosa de plata se abrió una puerta y este hombre alto apareció en el umbral.

—Si trabajaras con más empeño no tendrías esos sueños tan tontos.

—Pues a mí me gustó —dijo la señora K reclinándose en la silla—. Nunca creí tener tanta imaginación. ¡Cabello negro, ojos azules y tez blanca! Qué hombre tan extraño, y sin embargo... bien parecido.

—Tu hombre ideal.

—Eres antipático. No me lo imaginé a propósito, se me apareció de pronto mientras dormitaba. Pero no fue como un sueño. Fue algo tan inesperado y distinto... El hombre me miró y dijo: «He venido en mi nave desde el tercer planeta. Me llamo Nathaniel York...».

—Un nombre estúpido. Eso no es ningún nombre —objetó el marido.

—Claro que es estúpido, porque todo era un sueño —explicó la mujer suavemente—. Y luego me dijo: «Éste es el primer viaje por el espacio. Somos dos en mi nave; yo y mi amigo Bert».

—Otro nombre estúpido.

—Y luego dijo: «Venimos de una ciudad de la Tierra; así se llama nuestro planeta» —continuó la señora K—. Eso dijo, la Tierra. Y hablaba en otro idioma. Sin embargo yo lo entendía, con la mente. Telepatía, supongo.

El señor K se volvió para alejarse. Ella lo detuvo, con una palabra: —¿Yll? —llamó en voz baja—. ¿Te has preguntado alguna vez... bueno, si habrá gente en el tercer planeta?

—En el tercer planeta no puede haber vida —explicó pacientemente el señor K—. Nuestros hombres de ciencia han dicho que la atmósfera tiene demasiado oxígeno.

—Pero, ¿no sería fascinante si hubiera gente? ¿Y que viajaran por el espacio en alguna especie de nave?

—Bueno, Ylla, ya sabes que detesto los desvaríos sentimentales. Sigamos trabajando.

Caía la tarde cuando la señora K se puso a cantar la canción mientras se paseaba por entre las susurrantes columnas de lluvia. La cantó una vez y otra vez.

—¿Qué canción es ésa? —le preguntó al fin su marido mientras se acercaba para sentarse a la mesa de fuego.

La mujer alzó los ojos y sorprendida se llevó una mano a la boca. —No sé.

El sol se ponía. La casa se cerraba, como una flor gigantesca. Un viento sopló entre las columnas de cristal. El radiante pozo de lava plateada burbujeó en la mesa de fuego. El viento movió el pelo rojizo de la señora K y le canturreó dulcemente en los oídos. Ella se quedó mirando en silencio las grandes extensiones pálidas del fondo del mar, como si recordara algo, con los ojos amarillos dulces y húmedos.

—*Drink to me only with thine eyes, and I will pledge with mine*— cantó lentamente y en voz baja—. *Or leave a kiss within the cup, and I'll not ask for wine.*³

Cerró los ojos y susurró moviendo muy levemente las manos. Concluyó la canción; era muy hermosa.

—Nunca oí esa canción. ¿Es tuya? —le preguntó el señor K mirándola con fijeza.

—No. Sí... No sé —titubeó la mujer—. Ni siquiera comprendo las palabras. Son de otro idioma.

—¿Qué idioma?

2. Brinda por mí sólo con tus ojos y yo te prometeré con los míos.

3. O deja un beso en la copa y no pediré vino.

La señora K, aturdida, dejó caer unos trozos de carne en el pozo de lava.

—No lo sé.

Un momento después sacó la carne, ya cocida, y la puso en un plato para él.

—Es una tontería que he inventado, supongo. No sé por qué.

El señor K no replicó. Observó cómo ella echaba la carne en el pozo de fuego seseante. El sol se había ido. Lenta, muy lentamente llegó la noche y llenó la habitación, devorándolos junto con las columnas, como un vino oscuro servido hasta el techo. Sólo la encendida lava de plata les iluminaba los rostros.

La señora K tarareó otra vez la extraña canción.

El señor K se incorporó bruscamente, y salió a grandes trancos del cuarto.

Más tarde, solo, el señor K terminó de cenar.

Se levantó de la mesa, se desperezó, miró a la señora K y dijo bostezando: —Tomemos los pájaros de fuego y vayamos a entretenernos a la ciudad.

—¿Hablas seriamente? —le preguntó ella—. ¿Te sientes bien?

—¿Por qué te sorprendes?

—No salimos desde hace seis meses.

—Creo que es una buena idea.

—De pronto eres muy atento.

—No digas esas cosas —replicó el señor K con aire de disgusto—. ¿Quieres ir o no?

La señora K miró el pálido desierto; las mellizas lunas blancas subían en la noche; el agua fresca y silenciosa le corría alrededor de los pies. Se estremeció levemente. Quería quedarse sentada, en silencio, sin moverse, hasta que ocurriera lo que había estado esperando todo el día, lo que no podía ocurrir, pero tal vez ocurriera. La canción le rozó la mente, como una ráfaga.

—Yo...

—Te hará bien —insistió el señor K—. Vamos.

—Estoy cansada. Otra noche.

—Aquí tienes tu bufanda —dijo él alcanzándole una pequeña redoma—. Hace meses que no vamos a ninguna parte.

Ella no lo miraba.

—Tú has ido dos veces por semana a la ciudad de Xi.

—Negocios.

—Ah —murmuró ella.

De la redoma brotó un líquido, se convirtió en una neblina azul, y envolvió el cuello de la señora K, estremeciéndose. Los pájaros de fuego esperaban, como un lecho de brasas de carbón, brillando sobre la arena fresca y tersa. La flotante barquilla blanca se sacudía en el viento de la noche, atada a los pájaros por mil cintas verdes.

Ylla se tendió de espaldas en la barquilla, y a una palabra de su marido, los pájaros de fuego se lanzaron, ardiendo, hacia el cielo oscuro. Las cintas se estiraron, la barquilla se elevó, la arena se deslizó debajo, quejándose. Las colinas azules desfilaron, desfilaron, y la casa, los lluviosos pilares, las flores enjauladas, los libros sonoros

y los arroyos que susurraban en los suelos quedaron atrás. Ylla no miraba a su marido. Oía las órdenes que él gritaba a los pájaros en llamas mientras ascendían como diez mil chispas calientes, como fuegos artificiales en el cielo, amarillos y rojos, arrastrando el pétalo de flor de la barquilla, ardiendo a través del viento.

Ylla no miraba las antiguas y ajedrezadas ciudades muertas con piezas de hueso, ni los viejos canales llenos de sueño y soledad. Como una sombra de luna, como una antorcha encendida, volaban sobre ríos secos y lagos secos.

Ylla sólo miraba el cielo.

El marido habló.

Ylla miraba el cielo.

—¿No me oíste?

—¿Qué?

Él suspiró.

—Podrías prestar atención.

—Estaba pensando.

—No sabía que fueras amante de la naturaleza pero el cielo te interesa mucho esta noche.

—Es hermosísimo.

—Estaba pensando —dijo el marido lentamente— que me gustaría llamar a Hulle. Quisiera hablarle de pasar unos días, oh, una semana, no más en las montañas Azules. Es sólo una idea...

—¡Las montañas Azules! —Ylla alcanzó con una mano el borde de la barquilla, volviéndose rápidamente hacia él.

—Oh, es sólo una idea...

Ylla se estremeció. —¿Cuándo quieres ir?

—He pensado que podríamos salir mañana por la mañana. Ya sabes, nos levantaríamos temprano y todo eso —explicó él, como no dándole importancia.

—¡Pero nunca hemos ido tan pronto en el año!

—Sólo por esta vez, pensé —dijo él, sonriendo—. Nos hará bien. Tendremos paz y tranquilidad. ¿Acaso has proyectado alguna otra cosa? Iremos, ¿no?

Ylla tomó aliento, esperó, y dijo: —No.

—¿Qué? —El grito sobresaltó a los pájaros; la barquilla se sacudió.

—No —dijo Ylla con voz firme—. Está decidido. No iré.

Él la miró y no hablaron más. Ylla le volvió la espalda. Los pájaros volaban, como diez mil teas al viento.

Al amanecer, el sol que atravesaba las columnas de cristal disolvió la niebla que había sostenido a Ylla mientras dormía. Ylla había pasado la noche suspendida entre el techo y el suelo, flotando en la blanda alfombra de bruma que brotaba de las paredes cuando ella se acostaba a descansar. Había dormido toda la noche en ese río callado, como un bote en una corriente silenciosa. Ahora el calor disipaba la niebla, y la bruma descendió hasta depositar a Ylla en la costa del despertar.

Ylla abrió los ojos.

El marido estaba de pie junto a ella. Parecía como si hubiera estado allí durante horas y horas, observándola. Sin saber por qué, Ylla apartó los ojos.

—Has soñado otra vez —dijo él—. Hablabas en voz alta y me desvelaste. Creo realmente que tienes que ver a un médico.

—No será nada.

—Hablaste mucho mientras dormías.

—¿Sí? —dijo Ylla, incorporándose.

Una luz gris le bañaba el cuerpo. El frío del amanecer entraba en la habitación.

—¿Qué soñaste?

Ylla reflexionó un instante y recordó.

—La nave. Descendía otra vez, se posaba en el suelo y el hombre salía y me hablaba, bromeando, riéndose, y era agradable.

El señor K tocó una columna. Fuentes de vapor y agua caliente brotaron del cristal. El frío desapareció de la habitación.

El señor K parecía impasible.

—Luego —dijo Ylla—, ese hombre de nombre tan raro, Nathaniel York, me dijo que yo era hermosa y... y me besó.

—¡Ah! —gritó el marido, volviéndose bruscamente con un temblor en la mandíbula.

—Sólo fue un sueño —dijo Ylla, divertida.

—¡Pues guarda para ti esos estúpidos sueños de mujer!

—No seas niño —replicó Ylla reclinándose en los últimos restos de bruma química. Un momento después se echó a reír.— Recuerdo algo más —confesó.

—Bueno, ¿qué es, qué es? —gritó él.

—Yll, tienes muy mal carácter.

—¡Dímelo! —exigió el señor K inclinándose hacia ella con una expresión sombría y dura— ¡No puedes tener secretos para mí!

—Nunca te vi de este modo —dijo Ylla, sorprendida e interesada a la vez—. Ese Nathaniel York me dijo... Bueno, me dijo que me llevaría en la nave, que me llevaría al cielo junto con él, de vuelta a su planeta. Realmente es ridículo.

—¡Sí! ¡Ridículo! —casi chilló el señor K—. ¡Oh, dioses! ¡Si te hubieras oído, hablándole, halagándolo, cantando con él, oh dioses, toda la noche! ¡Si te hubieras oído!

—¡Yll!

—¿Cuándo va a venir? ¿Dónde va a descender la maldita nave?

—Yll, no alces la voz.

—¡Qué importa la voz! —El señor K se inclinó rígidamente sobre ella—. ¿No soñaste —dijo aferrándole una muñeca— que la nave descendía en el valle Verde? ¡Responde!

—Pero, sí...

—Y descendía esta tarde, ¿no es verdad?

—Sí, creo que sí, ¡pero fue sólo un sueño!

—Bueno —dijo el señor K soltándole tiesamente la mano—, ¡menos mal que eres sincera! Oí todo lo que dijiste en sueños. Mencionaste el valle y la hora.

Jadeante, caminó entre las columnas, como un hombre cegado por un rayo. Poco a poco recuperó el aliento.

Ella lo observaba como si se hubiera vuelto loco. Al fin se levantó y se acercó a él.

—Yll —susurró.

—Estoy bien.

—Estás enfermo.

—No —dijo el señor K con una sonrisa débil y forzada—. Soy un niño, nada más. Perdóname, querida. —La acarició torpemente.— He trabajado demasiado en estos días. Lo lamento. Iré a recostarme un rato.

—Te excitaste de una manera...

—Ahora me siento bien, muy bien. —Suspiró.— Olvidémoslo. Oye, ayer me contaron un chiste sobre Uel que quiero que oigas. Si te parece, preparas el desayuno, te cuento lo de Uel, y olvidamos este asunto.

—No fue más que un sueño.

—Por supuesto —El señor K la besó mecánicamente en la mejilla—. Nada más que un sueño.

Al mediodía, el sol estaba alto y abrasador y las colinas resplandecían a la luz.

—¿No vas al pueblo? —preguntó Ylla.

El señor K arqueó ligeramente las cejas.

—¿Al pueblo?

—Es el día en que siempre vas.

Ylla acomodó una jaula de flores en un pedestal. Las flores se agitaron abriendo las hambrientas bocas amarillas.

El señor K cerró su libro. —No —dijo—. Hace demasiado calor, y es tarde.

—Ah. —Ylla terminó de acomodar las flores y fue hacia la puerta.— Bueno, volveré pronto.

—Espera un momento. ¿Adónde vas?

—A casa de Pao. Me ha invitado —contestó Ylla, ya en la puerta.

—¿Hoy?

—Hace mucho que no la veo. No vive lejos.

—En el valle Verde, ¿no es así?

—Sí, es sólo un paseo cerca de aquí, pensé que... — Ylla se alejó de prisa.

—Lo siento, lo siento mucho. —El señor K corrió detrás de ella, como preocupado por haber olvidado algo.— Se me fue de la cabeza. Invité al doctor Nlle esta tarde.

—¿Al doctor Nlle? —dijo Ylla volviéndose.

Él la tomó por el codo y la arrastró firmemente hacia adentro.

—Sí.

—Pero Pao...

—Pao puede esperar. Tenemos que obsequiar al doctor Nlle.

—Un momento nada más.

—No, Ylla.

—¿No?

El señor K sacudió la cabeza.

—No. Además la casa de Pao está muy lejos. Hay que cruzar el valle Verde, y después el canal y descender una colina, ¿no es así? Además hará mucho, mucho calor, y el doctor Nlle estará encantado de verte. Bueno, ¿qué dices?

Ylla no contestó. Quería escaparse, correr. Quería gritar. Pero se sentó, volvió lentamente las manos, y se las miró con aire ausente: atrapada.

—Ylla —murmuró el señor K—: te quedarás aquí, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Ylla al cabo de un largo rato—. Me quedaré aquí.

—¿Toda la tarde?

Ella repitió con una voz opaca: —Toda la tarde.

Pasaba el tiempo y el doctor Nlle no había aparecido aún. El marido de Ylla no parecía muy sorprendido. Cuando ya caía el sol, murmuró algo, fue hacia un armario y sacó de él un arma de aspecto siniestro, un tubo largo y amarillento que terminaba en un gatillo y unos fuelles. Se volvió, y en la cara tenía una máscara, de plata labrada, inexpresiva; la máscara que llevaba siempre cuando quería ocultar sus sentimientos, la máscara flexible que se ceñía de un modo tan perfecto a las delgadas mejillas, la barbilla y la frente. La máscara relucía y él tenía en las manos el arma amenazadora, examinándola. Los fuelles zumbaban constantemente con un zumbido de insecto. El arma disparaba hordas de chillonas abejas doradas. Doradas, horribles abejas que clavaban el aguijón envenenado, y caían sin vida, como semillas en la arena.

—¿Adónde vas? —preguntó Ylla.

—¿Qué dices? —El señor K escuchaba el terrible zumbido de los fuelles.— El doctor Nlle se ha retrasado

y no tengo ninguna gana de seguir esperándolo. Saldré a cazar un poco. Vuelvo en seguida. Tú no te moverás de aquí, ¿no es cierto?

La máscara de plata brillaba intensamente.

—No.

—Dile al doctor Nlle que volveré pronto, que sólo he ido a cazar.

La puerta triangular se cerró. Los pasos de Yll se apagaron en la colina.

Ylla observó cómo se alejaba a la luz del sol.

Luego volvió a sus tareas con el polvo magnético y arrancó los nuevos frutos de las paredes de cristal. Estaba trabajando, con energía y rapidez, cuando de pronto una especie de sopor se apoderó de ella y se encontró otra vez cantando la rara y memorable canción, con los ojos fijos en el cielo, más allá de las columnas de cristal.

Contuvo el aliento, inmóvil, esperando.

Se acercaba.

Ocurriría en cualquier momento.

Era como esos días en que se espera en silencio la llegada de una tormenta, y la presión de la atmósfera cambia imperceptiblemente, y el cielo se transforma en ráfagas, sombras y vapores. Los oídos zumban y uno está suspendido en el tiempo esperando la tormenta. Uno empieza a temblar. El cielo se cubre de manchas y cambia de color, las nubes se oscurecen, las montañas parecen de hierro. Las flores enjauladas emiten débiles suspiros de advertencia. Uno siente un leve estremeci-

miento en los cabellos. En algún lugar de la casa el reloj parlante dice: «La hora, la hora, la hora, la hora...», con una voz muy débil, como gotas que caen sobre terciopelo.

Y en seguida, la tormenta. Resplandores eléctricos, cascadas de agua oscura y truenos negros que caen, cerrándose, para siempre.

Así era ahora. Amenazaba una tormenta, pero el cielo estaba claro. Se esperaban rayos, pero no había una nube.

Ylla caminó por la casa de verano, silenciosa y sofocante. El rayo caería en cualquier momento; habría un trueno, una bola de humo, y luego silencio, pasos en el sendero, un golpe en los cristales, y ella correría a la puerta...

—Loca Ylla —dijo, burlándose de sí misma—. ¿Por qué te permites estos desvaríos?

Y entonces ocurrió.

Calor, como si un gran incendio atravesara el aire. Un zumbido rápido y penetrante. Un resplandor en el cielo, metálico.

Ylla dio un grito. Corrió entre las columnas y abriendo las puertas de par en par, miró hacia las montañas. Pero ya no había nada allí.

Iba ya a correr colina abajo cuando se contuvo. Se suponía que tenía que quedarse allí, que no iría a ninguna parte. El doctor vendría a visitarlos y su marido se enojaría muchísimo si ella se escapaba.

Esperó en el umbral, jadeante, con la mano extendida. Miró un rato hacia el valle Verde, pero no vio nada.

Qué tonta soy, pensó mientras entraba en la casa. No ha sido más que un pájaro, una hoja, el viento, o un pez en el canal. Siéntate. Descansa.

Se sentó.

Se oyó un disparo.

Claro, intenso, el ruido de la terrible arma de insectos. Ylla se estremeció junto con el disparo. Venía de muy lejos. Un disparo. Luego un segundo disparo, preciso y frío, y lejano. El zumbido de las abejas distantes.

Se estremeció de nuevo y sin saber por qué se incorporó gritando, gritando, como si nunca fuera a dejar de gritar. Atravesó corriendo la casa y abrió otra vez la puerta.

Los ecos morían a lo lejos.

Se apagaron.

Ylla esperó en el patio, muy pálida, durante cinco minutos.

Por último, lentamente, cabizbaja, vagó por las habitaciones adornadas de columnas, acariciando las cosas; le temblaban los labios, y se sentó a esperar en el ya oscuro cuarto del vino. Con el borde del chal se puso a frotar un vaso de ámbar.

Y entonces, a lo lejos, se oyó un ruido de pasos en la grava. Se incorporó y aguardó, inmóvil, en el centro de la habitación silenciosa. El vaso se le cayó de los dedos y se hizo trizas contra el suelo.

Los pasos titubearon ante la puerta.

¿Tenía que hablar, tenía que gritar: «¡Entre, entre!»?, se preguntó Ylla.

Se adelantó unos pasos. Alguien subía por la rampa. Una mano movió el picaporte.

Sonrió a la puerta. La puerta se abrió. Ylla dejó de sonreír. Era su marido. La máscara de plata tenía un brillo opaco.

El señor K entró y miró a su mujer sólo un instante. Abrió los fuelles del arma, sacó dos abejas muertas, oyó cómo golpeaban el suelo, las pisoteó y puso los fuelles vacíos en un rincón del cuarto mientras Ylla se inclinaba y trataba inútilmente, una y otra vez, de recoger los trozos del vaso.

—¿Qué estuviste haciendo? —preguntó.

—Nada —respondió él, de espaldas, quitándose la máscara.

—Pero... el arma. Oí dos disparos.

—Estaba cazando, eso es todo. De vez en cuando me gusta cazar. ¿Vino el doctor Nlle?

—No.

—Déjame pensar. —El señor K castañeteó fastidiado los dedos.— Claro, ahora recuerdo. No iba a venir hoy, sino mañana. Qué tonto soy.

Se sentaron a la mesa. Ylla miraba la comida, con las manos inmóviles.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él sin quitar los ojos de la carne que mojaba en la lava burbujeante.

—No sé. No tengo apetito.

—¿Por qué?

—No sé. No tengo hambre, nada más.

El viento se levantaba en el cielo; el sol se ponía. La pequeña habitación se enfrió de pronto.

—Quisiera recordar —dijo Ylla en el silencio de la habitación, mirando a lo lejos, más allá de la figura de su marido, frío, erguido, de mirada amarilla.

—¿Qué quisieras recordar? —El señor K bebió un sorbo de vino.

—Aquella canción, aquella dulce y hermosa canción. —Ylla cerró los ojos y tarareó algo, pero no la canción—. La he olvidado y sin embargo no quisiera olvidarla. Quisiera recordarla siempre —mover las manos, como si el ritmo pudiera devolverle el recuerdo de la canción. Luego se recostó en la silla—. No puedo acordarme —dijo. Se echó a llorar.

—¿Por qué lloras? —preguntó él.

—No sé, no sé, pero no puedo contenerme. Estoy triste y no sé por qué. Llora y no sé por qué, pero estoy llorando.

Lloraba con el rostro entre las manos; los hombros sacudidos por los sollozos.

—Mañana estarás bien —dijo él.

Ylla no lo miró. Miró únicamente el desierto vacío y las brillantísimas estrellas que aparecían ahora en el cielo negro, y a lo lejos hubo un ruido que crecía y las aguas frías se agitaron en los largos canales. Cerró los ojos, estremeciéndose.

—Sí —dijo—, mañana estaré bien.